

‘Anticuerpos clandestinos’, la obra de Gabriel Sierra que cuestiona al lector

ESTE ARTISTA SIEMBRA DUDAS, PREGUNTAS, DEJA PLANTADO UN VIRUS EN LA CABEZA DEL ESPECTADOR. ES UNA SORPRESA PERMANENTE, UN GUIÑO EXACTO Y SUTIL EN EL ESPACIO.

Gabriel Sierra pervierte las salas de galerías y museos. Hace que los guardaescobas se desvíen de la pared o que un edificio histórico se vea como la prueba de color de un periódico.

Nació en San Juan Nepomuceno, Bolívar, pero en sus vacaciones visitaba a su tío en Cartagena y quedaba deslumbrado con su biblioteca. Era arquitecto y en su estudio disfrutó de la obra Alvar Aalto y toda la escuela de daneses, suecos y finlandeses que influenciaron la arquitectura colombiana; su decisión, cuando terminó el colegio, estaba tomada. Estudió Arquitectura en Barranquilla, pero solo aguantó un año. Se trasladó a Bogotá y entró a estudiar Diseño en la Universi-

dad Jorge Tadeo Lozano.

En Diseño -sin proponérselo- se convirtió en artista; sus trabajos dejaron de tener una finalidad útil, la misma (in)utilidad que tampoco encontraba en la arquitectura. Sus objetos se convirtieron en tema de debate; para los artistas, sus obras eran los objetos de un diseñador, para los diseñadores, su obra era demasiado artística. No le importó; su obra, sus objetos, pronto atraparon a la crítica y a los curadores y su obra ha estado en espacios consagrados como el Museo Guggenheim.

Su obra sobre la pandemia para EL TIEMPO y para el Mambo se basa en un proyecto con un personaje ficticio (Doroteo Parra) que -como

él- produce obras conceptuales y dudas en los lectores: ¿qué son los anticuerpos clandestinos?

“La obra de Sierra indaga los límites del arte y de la vida, explorando, desde una perspectiva antropológica, el potencial de los códigos de comunicación para cuestionar nuestras percepciones de la vida cotidiana y las relaciones que establecemos con nuestro espacio circundante. En esta obra, Sierra nos recuerda que el arte es comunicación y lenguaje, y este, como decía William Burroughs, es un virus”, dice Eugenio Viola, curador jefe del Mambo.

Fernando Gómez Echeverri,
editor de Cultura de EL TIEMPO